

# Cuentos de la Cábila

Raúl Guerra Garrido

Antonio Pereira, natural de Villafranca del Bierzo en la realidad y la ficción, es un cuentista de tomo y lomo, que publica cuentos, quiero decir relatos, de una finura excepcional que, a veces, se editan en un formato no menos excepcional. Es el caso de *Cuentos de la Cábila* (Edilesa), en la colección *Los Libros de la Candamia*, una colección que por estar en ella me abriría las venas (y lo voy a estar: por poco me desangro).

Los relatos de Pereira suelen ser cortos, muy medidos en su tiempo verbal y cronológico, mimados hasta la saciedad, reescritos con paciencia de miniador y eso se nota. Es un encantador de serpientes y su voz aparentemente fácil es un tobogán por el que el lector se desliza cómodo hasta llegar, antes de darse cuenta, el sorpresivo final sólo previsto por el autor. Casi siempre gana KO, como mandan los cánones; la victoria por puntos sólo vale en la novela. Según costumbre, dos fragmentes ejemplares.

«De pronto, el silbato de la máquina sonó con gravedad, casi solemne, un silbido largo y dos cortos. "¿Has oído?", dijo mi padre, "es el maquinista, que ha hecho el toque del obispo". "¿Y eso?", me admiré yo.

- Ellos tienen su código de señales, atención, atención especial, máquina de cola que se separa del tren. Y el toque del obispo, éste es de reverencia cuando se acercan a una ciudad episcopal, de las que tienen obispo y no tienen gobernador civil. Astorga, Calahorra, Guadix...

La maravilla se repitió. Una señal profunda, declinante en sus tramos finales, donde la pompa parecía dar paso a una emoción que te apretaba el pecho, y ya entrábamos en agujas.

-Pero el toque del obispo -a mi padre le tiraba su origen- donde hay que oírlo es cuando el maquinista avista la insigne sede mitrada de Mondoñedo, a las ferias de

San Lucas te he de llevar, Luego supe que en Mondoñedo no hay tren, pero eso importa poco cuando la historia es bonita.»

La anécdota, siempre con categoría de metáfora, suele ser leve pero también siempre encierra una profunda reflexión sobre los efectos que agitan el corazón del hombre. Y el de la mujer, sólo que la mujer no es la protagonista porque Pereira habla desde su persona, bien en primera o tercera.

«A un chico de la Cábila que llegó a literato lo hicieron Hijo Predilecto cuando era mayor y le blanqueaba la barba. Una noche pasaba el puente con un convecino que no tenía diploma honorífico y pensó que si un ventarrón los tirara al río, el predilecto sería el primero que salvarían. La injusticia se le hacía insoportable, pero lo alivió el recuerdo de que, en todo el barrio, él era el único que no había aprendido a nadar».

Con Antonio, viejo amigo, suelo coincidir en el Parador de Villafranca del Bierzo. Suele estar en el jardín, ensimismado en la corrección de un cuento, de uno en particular, el titulado *Los visigodos*, que yo sepa lleva diecisiete años corrigiéndolo. Tan buen charlista como escritor, hablar con él es un ejercicio tan alegre como estimulante; charlamos del vino que del cielo vino y de lo que se tercie, parece no enterarse de nada y está al día de casi todo. Me dejó de piedra la semana pasada cuando me dijo: "Oye, una colega tuya, Rosa Fabregat, ha escrito que si el gobierno no puede anular las armas que matan a los ciudadanos debe humillarse y dialogar con los terroristas, qué barbaridad, ¿no?». La verdad es que la propuesta es la rendición de la democracia, pero no quería hablar de política, bastante llevo encima, y disculpé a mi doble colega: "Cualquiera tiene un mal folio, Antonio, sigamos con lo del vino».